



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 288

35 Cts.



ALREDEDOR  
DE UNA CUNA

FOR  
Geneviève Félix,  
Berthe Jalabert,  
Fernand Hermann,  
etc.

NÚMERO EXTRAORDINARIO

FilmoTeca  
de Catalunya

Maria M.



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Vía Layetana, 12  
Administración } Teléfono, 4423 A

Año VI

BARCELONA

N.º 288

## ALREDEDOR DE UNA CUNA

Grandioso cine-drama sentimental interpretado por  
los grandes actores franceses

Berthe Jalabert, Geneviève Félix, Fernand  
Hermann, Pierre Batcheff, etc.

Editada por

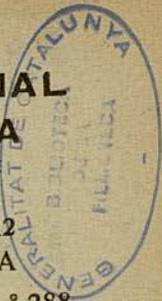
LES GRANDES PRODUCTIONS CINE-MATOGRAFICHES, de París

EXCLUSIVA DE

### LEMIC, S. A.

Mallorca, 236 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
HOLMES HERBERT



DE LA BIBLIOTECA  
DE LA CUNA



# ALREDEDOR DE UNA GUNA

Argumento de la película

## I

Juan Morel era el prototipo del empleado puntual y laborioso. Todas las mañanas, cuando el reloj del comedor señalaba las ocho, su anciana madre le servía el desayuno que él apuraba rápidamente para escapar camino de la oficina donde, invariablemente, llegaba antes que ninguno de sus compañeros y, con frecuencia, cuando aun no se habían retirado los empleados de la limpieza.

Juan Morel y su madre ocupaban un modesto pisito en uno de los barrios populares de París. Hacían una vida de simpático reco-

gimiento en la que nada de orgullo había para sus convecinos, todos ellos obreros manuales.

Aquel apartamento obedecía sólo al profundo amor que Juan y su madre profesaban a su hogar. El hijo raramente salía de noche. Más que los espectáculos y la amistad de sus compañeros, le gustaba pasar las veladas al lado de aquella viejecita de cabellos blancos que le contemplaba de manera tan amorosa que en cada mirada suya había siempre la caricia de un beso.

Al salir todas la mañanas, Juan encontraba en la escalera a su vecinita Genoveva, un verdadero gorrión parisién de esos que languidecen en la jaula nada grata ni dorada de un taller de modista.

Juan setía una profunda simpatía por aquella muchacha de rubia y abundante cabellera y ojos rasgados y azules en cuyo fondo creía adivinar la sombra de una incógnita tristeza.

Sus relaciones no traspasaron nunca los límites amistosos que de su vecindad se desprendían. Bajaban juntos la escalera, y juntos desafiaban las iras de la portera, que como todas las de su gremio, tenía como naturales enemigos a todos los inquilinos de la casa.

Con quien aquel basilisco de escoba y pañuelo a la cabeza no transigía, era con el gorrioncito parisino, cuya belleza y juventud eran una ofensa para su desmirriada y esquelética arquitectura.

Juan y Genoveva llegaban juntos hasta el

*boulevard*, donde cada uno tomaba el autobús que debía conducirlos a sus respectivos quehaceres.

La oficina donde Juan Morel prestaba sus servicios, era la casa de banca Orlate, una



*Con quien aquel basilisco de escoba y pañuelo a la cabeza no transigía...*

de tantas agencias que viven de manejar el dinero ajeno.

Richard Orlate, propietario, director y fundador de aquel establecimiento bancario, era un hombre que ascendió a su posición valiéndose de todos los resortes del agio y la usura.

Había amasado su fortuna con lágrimas de los incautos que en él confiaran, y a la hora de repartir mercedes y mostrar generosidades fué avaro con todos e intransigente y tirano con los que el destino puso bajo su férula.

No obstante, Juan Morel, con su puntualidad e inteligencia consiguió ser el hombre de confianza de su jefe, quien le confiaba la resolución de los más intrincados asuntos y sus más valiosos intereses.

Orlate, a su espíritu de avaricia y crueldad unía todas las malas pasiones que completan y caracterizan a los hombres depravados. Más de una mecanógrafa que acudió a aquel despacho, para cumplimentar la dura obligación de ganarse el sustento con su trabajo, tuvo que alejarse por no querer sufrir la libidinosa condición del banquero. A las que así obraban, Orlate las trataba despectivamente y las decía con descarado cinismo:

—Si quieres ser honesta pasarás muchos días de hambre en tu vida.

## II

Aquella mañana, cuando Genoveva se separó de Morel, no fué, como solía hacerlo, al taller donde prestaba sus servicios. Se dirigió a una especie de agencia de policía a la que tenía pedidos informes que parecían ser

para ella de extraordinaria trascendencia a juzgar por la amargura que reflejó su rostro cuando el empleado que la recibiera respondió a sus preguntas:

—Lo sentimos mucho, señorita. A ese hombre debe habérselo tragado la tierra. Nuestros agentes no logran dar con su paradero. Tal vez, al huir de París, cambió de nombre.

Genoveva se retiró desolada y no pensó en ir al taller. Volvió a su casa y se encerró en su pisito cuajada su frente de siniestros pensamientos.

Mientras los demás trabajaban y algunas almas atormentadas de dolor buscaban en la muerte el consuelo de sus males, Arístides Garnier, uno de esos pollos bien que, incapaces de resolver el problema de la vida con su personal esfuerzo, confían al acaso y al tapete verde los medios para ello, abría los soñolientos ojos a la luz del medio día y se hallaba de nuevo ante la imperiosa necesidad de esgrimir las armas del sablista o renunciar por aquella jornada a cubrir las atenciones más perentorias de su complicada existencia.

Previamente hizo un minucioso registro en su cartera y bolsillos y los halló totalmente vacíos. Quinientos francos que el día anterior adquirió por uno de sus ingeniosos *procedimientos* se agotaron alegremente durante la noche en uno de los cabarets de moda.

Garnier reflexionó:

—¿Quién me prestará mil francos a estas horas?

Una idea súbita y luminosa despejó sus dudas y puso una sonrisa de triunfo en sus labios. El teléfono fué el hado inspirador y Arístides llamó a él ansiosamente.

Aquella vibración eléctrica repercutió en el



—Tal vez, al huir de París, cambió de nombre...

aparato que Juan Morel tenía colocado en la mesa de su despacho de la banca de Orlate.

Garnier gritó más que dijo:

—¡Juaaan!... ¡Juanillo! A la salida de la oficina te espero en el bar "Nervión". No faltes, necesito hablar contigo urgentemente.

Morel prometió acudir puntualmente a la cita y esto pareció tranquilizar la impaciencia de Arístides.

Poco después el probo funcionario de la banca Orlate recibió un nuevo aviso telefónico. Era el viejo y bondadoso señor Martín, antiguo y fiel amigo de la familia Morel, quien le anunció que para la comida familiar del sábado se proponía cazar la liebre más hermosa de los bosques de Francia.

El viejo Martín, aparte el cariño que profesaba a sus amigos, no tenía otro afecto que su 40 H P como él lo llamaba, y del que aseguraban sus conocidos que fué usado por Adán y Eva cuando se marcharon del Paraíso terrenal. Tan reciente era su marca.

Cuando Juan abandonó, el último como siempre, el despacho, fué en busca de Garnier que ya le esperaba impaciente.

Ambos amigos se estrecharon las manos.

Arístides se apresuró a decir:

—Necesito mil francos para dentro de media hora, y te he citado aquí para rogarte que me los prestes.

Luego, para dar mayor fuerza a su petición, añadió:

—Tú sabes que siempre devuelvo los préstamos. Tengo esa buena costumbre muy rara entre los sablistas.

Juan hizo un gesto de contrariedad.

—Comprende, Arístides — dijo a su amigo —, que esa cantidad resulta excesiva para un modesto empleado como yo.

Arístides se indignó.

—¿Pretendes que tenga que arrojarme al Sena de cabeza, mal amigo?

Se levantó fingiendo marcharse. Juan, conmovido por la actitud trágica de su amigo, le llamó y le entregó el único billete de mil francos que contenía su cartera y que fué reunido gracias a su espíritu perseverantemente ahorrativo.

Arístides se separó de Juan prometiendo devolverle el préstambo en breve plazo. Cuando Morel llegó a su casa, ya le esperaba impaciente su madre, no acostumbrada a que se entretuviese al salir de la oficina. El castigo que le impuso fué duplicar la ración de besos de la bienvenida. Poco después ambos se sentaban a la mesa y saboreaban uno de esos succulentos guisos que sólo manos maternas saben condimentar.

Genoveva, la vecina de los Morel, había permanecido durante todo el día encerrada en sus habitaciones. A medida que pasaban las horas se hacía más profundo el dolor que atenazaba su corazón. La causa de aquella intensa amargura debía ser muy grande cuando sus ojos de mujer, siempre propicios al llanto, permanecían secos como en todos los hondos cataclismos sentimentales.

Cuando la luz del día comenzó a extinguirse parecieron también agotarse las escasas fuerzas que aun conservaba la dolorida para hacer frente a su adversidad. Su frente se arrugó

con ese ceño revelador de las trágicas decisiones.

Abrió la espita del gas y se arrojó sobre la cama.

No tardó el mortífero flúido en comenzar a producir sus envenenadores efectos en los pulmones de la infortunada joven. Pero entonces la vida se sobrepuso a la desesperación del dolor irreparable y Genoveva intentó incorporarse para enmendar el drama a que le arrastró el infortunio de su alma. Era tarde, sus miembros languidecían y se negaban a sostenerla. Y, gritó, gritó con la angustia del que mira frente a sí la muerte y trata de rehuir el golpe fatal de su guadaña. Aquella petición desesperada de socorro llegó a oídos de Juan Morel y de su madre que en aquel momento terminaban de comer.

Juan se levantó y corrió al cuarto de su vecina. Como encontró cerrada la puerta tuvo que violentarla. Sobre el lecho yacía Genoveva privada ya de sentido. Juan la tomó en sus brazos y la condujo al lado de su madre. Entre los dos le prodigaron toda clase de cuidados y, no contento con ello, hicieron venir al viejo doctor que habitualmente les asistía y que, después de un detenido reconocimiento, afirmó:

—Esta mujercita sólo pide cuidados para su alma. Su cuerpo recobrará la salud rápidamente.

Genoveva no tardó en volver de su desma-

yo y agradeció efusivamente a sus vecinos las atenciones de que la habían hecho objeto.

Juan y su madre no ignoraban los propósitos siniestros que indujeron a Genoveva a dejar abierta la espita del gas. En la alcoba de la modistilla, Juan había encontrado un sobre escrito con temblorosa mano y en el que se leían estas misteriosas palabras:

*Me mato porque...*

Juan tomó aquel sobre, que contenía el secreto de la tragedia sentimental de Genoveva, y lo guardó en su bolsillo.

Cuando, pasado su desmayo, ésta abrió los ojos, lo primero que su empañada mirada descubrió fué el rostro entristecido de Juan Morel que la contemplaba cariñosamente.

La señora Morel también estaba a su lado y la reprendió con afecto:

—¡Ibas a cometer un pecado mortal! Las mujeres hemos nacido para sufrir y ser madres. ¡Ya verás como tu alma se limpia de toda amargura cuando Dios te conceda la dicha de tener un hijo en tus brazos!

Aquellas palabras de la bondadosa viejecita tuvieron la virtud de dar suelta al manantial de llanto que Genoveva retuvo en sus ojos en las horas doloridas de su desesperación. Lloró y lloró largamente, bajo las caricias de la señora Morel. Como una niña cuando llorando se duerme en el regazo materno.

Desde entonces, Genoveva pasaba los días en casa de los Morel, al lado de la madre de

Juan a la que sustituyó en muchos quehaceres domésticos.

La ayudaba a preparar la comida cuando se acercaba la hora, por los dos ansiosamente aguardada, de que Juan regresase de la oficina.

Ponía especialísimo esmero en el arreglo de la alcoba de su vecinito, que ya era una taza de plata cuando sólo cuidaban de ella las manos diligentes y pulcras de la madre amorosa, pero que se embelleció ahora gracias al ramo de flores con que diariamente la llenaba de fragancias Genoveva.

Juan, tan amante siempre de su hogar, desde que la vecinita lo alegró con su voz de jilguero sentía al penetrar en él una emoción parecida a la que debe experimentar el verdadero creyente al atravesar los umbrales del templo de sus dioses.

Las veladas transcurrían apaciblemente, llenas de un encanto infinito, bajo el resplandor discreto de la lámpara familiar. Juan leía un libro ameno, novela de amor frecuentemente, mientras Genoveva cosía y la señora Morel se enfrascaba en una de esas labores de ganchillo a que tan aficionadas se muestran las ancianas de sosegada conciencia.

A las once en punto la viejecita daba su primera cabezada; a las once y media, la tercera. Juan cerraba su libro; Genoveva dejaba su costura y, cada uno de un brazo, conducían a la señora Morel a la puerta de la alcoba y le daban las buenas noches besándola, al par, en las dos mejillas.

Genoveva y Juan solían permanecer juntos hasta las doce hablando de cosas vulgares, de los pequeños incidentes cotidianos. Muchas veces empleaban la media hora de su diálogo a solas en elogiar a la viejecita amada a quien ella había llegado a querer como a su propia madre y que tenía la satisfacción de dormirse bajo el halago de aquel perfume de afecto que llegaba hasta ella y le besaba el corazón.

Nunca Juan hizo alusión al desdichado acontecimiento a que debía su intimidad con la vecinita. Sin embargo una noche, al despedirse para volver ella a sus habitaciones, del libro que Juan retenía en sus manos se desprendió aquel sobre que guardaba la trágica despedida de Genoveva.

Juan lo recogió, y al notar el sobresalto pintado en el semblante de la muchacha, dijo, echando el sobre al fuego del hogar:

—No tema: nada quiero saber; nadie tenemos derecho a penetrar en las vidas ajenas ni aun en las de aquellas personas a quienes más queremos.

Nadie tenemos derecho a penetrar en las vidas ajenas ni aun en las de aquellas personas a quienes más queremos.

Y se despidieron como siempre, estrechándose las manos que esta vez, quizás, permanecieron unidas más tiempo que el acostumbrado.

## III

La prosperidad de los negocios financieros aumentó las ambiciones insaciables que eran como el resorte poderoso y constante que movía y exaltaba las actividades del banquero Orlate.

En su imaginación pródiga siempre en urdir complicadísimas combinaciones mercantiles, germinó una nueva inspiración precursora de fantástica ganancia.

Su prestigio de hombre conocedor de los negocios bancarios le facilitó encontrar capitalistas crédulos y confiados que no dudaron en hacerle depositario de sumas respetables.

Bastó para ello que el opulento y omniciente Orlate les asegurase que en la operación que les proponía tenían la certeza de centuplicar el capital invertido.

La reunión de los capitalistas y su diablo tentador se deslizó en medio de una halagüeña paridad de criterios. Sólo discrepó de la opinión general el gerente de una sociedad azucarera quien, impuesto de la naturaleza del asunto a emprender, se ausentó de la reunión afirmando que no quería ganancias que hubieran de amasarse con lágrimas de inocentes.

Para aquel escrupuloso, tuvo Orlate uno de sus habituales y despiadados comentarios.

—¡Idiota! — murmuró mirándolo alejarse—. Ese merece morir en un jergón de paja.

Los demás capitalistas creyeron como artículos de fe las promesas fantásticas del banquero. Y al día siguiente la caja de la casa Orlate se vió reforzada con varios cientos de miles de francos.

A los cinco días de haber recibido el préstamo de los mil francos, Aristides Garnier se presentó radiante en el despacho de Juan Morel.

—¡Buenas noticias! — le dijo, estrechándole la mano—. Mi notario acaba de mandarme la pensión.

Y mostró a su amigo una cartera repleta de billetes de la cual extrajo y entregó a Juan la cantidad que de él recibiera.

Llegó hasta a mostrarse generoso como agradecimiento al favor que se le había hecho:

—Si necesitas algo — afirmó a Morel—, no tienes más que decirlo; ya sabes que lo que yo tenga es tan mío como tuyo.

El modesto empleado rechazó agradecido y Aristides se retiró satisfecho de haber devuelto el capital recibido sin pagar interés alguno.

En el feliz hogar donde reinaba como ángel benéfico la bondadosa señora Morel, cada día estaba más lozano el rosal de las dichas familiares.

Genoveva se mostraba progresivamente más

alegre, más risueña, como si el acíbar que amargó su vida hasta el punto de hacérsela indeseable se fuese azucarando y trocando en miel bajo el encanto de aquella primavera de inti-



—*Si necesitas algo, no tienes más que decirlo...*

mos afectos que fortalecía y perfumaba su espíritu.

También Juan se mostraba dichoso como nunca. No era ya sólo el amor divino de madre el que llenaba su corazón. El amor humano, el que une las almas y ambiciona la conjunción de los cuerpos, había hecho brotar

junto al puro lirio de los afectos maternales, la rosa grana de las pasiones juveniles.

Sin embargo, frenados sus deseos por no sabía qué imprecisos temores, sus labios permanecían mudos sin decidirse a expresar lo que en su pecho sentía. Tan poderosa era la mudez de su apasionada cortedad, que ya no acertaba a cambiar con Genoveva aquellas frases banales que formaron su delicia en las pasadas veladas.

Pero una noche, impulsado por una fuerza poderosa que sus nervios no lograron reprimir, al estrechar la mano de la rubia mujercita de ojos azules, asomó a sus labios la palabra reveladora que estuvo a punto de vibrar en los oídos de ella. Todavía se impuso la zozobra del enamorado. Y lo que debía ser declaración ardiente no pasó de nombre de mujer.

—¡Genoveva!... ¡Genoveva!...

Adivinó ella el peligro del momento y, acaso en contra de las inclinaciones de su alma e impelida por el rubor natural de la enamorada honesta, escapó rápidamente hacia sus habitaciones murmurando un ¡hasta mañana! que sonó en el corazón de Juan como si todas las campanas de la esperanza hubiesen sido echadas al vuelo.

## IV

El *notario* de quien Aristides confiaba frecuentemente el envío de su *pensión* laboraba sobre un tapete verde y tenía por libros de consulta los treinta y seis números de la ruleta. Pero como no siempre en la vida las cosas salen a medida de nuestro deseo, el *notario* de Aristides acostumbraba con frecuencia a burlarse de su cliente. La bolita saltarina y caprichosa perecía entonces animada de humana clarividencia para negarse a quedar en reposo en los casilleros correspondientes a los números predilectos de Aristides.

Así sucedió la misma noche del día en que el vago aristocrático devolvió a Morel los mil francos recibidos en préstamo. Así fué que a la mañana siguiente se halló en situación muy parecida a la de aquella mañana en la que el teléfono le inspiró la idea luminosa de citar a Juan en el bar "Nervión".

La situación era más apremiante porque Garnier había tomado gusto a los billetes que durante breve plazo reposaron en su cartera y, además, porque había contraído deudas de esas que llaman de honor quizás porque tu-

vieron su origen en el lugar donde dicho sentimiento brilla por su ausencia.

Aristides, sin meditar que nunca segundas partes fueron buenas, decidió recurrir de nuevo a la generosidad de Morel.

Fué a buscarlo al despacho, donde penetró adoptando un gesto conpungido y melodramático. Si apenas saludar a su amigo, se sentó a su lado y le dijo con entrecortadas frases:

—Una operación fatal me ha dejado sin fondos... Se trata de antiguas deudas de honor que me he visto obligado a saldar... Necesito diez mil francos y es preciso que tú me los prestes... El lunes, bajo palabra de honor, te los devolveré.

—Perdona — replicó Juan atajando a Aristides—. Aunque agotara todos mis recursos y mi crédito, no podría reunir ni la mitad de esa suma.

Garnier insistió en tono suplicante:

—Haz un imposible. Siempre te he devuelto las cantidades que me prestaste. Hoy es sábado... El lunes a primera hora volverás a tener tu dinero.

En aquel momento penetró en el despacho otro empleado de la casa entregando a Morel un abultado sobre.

—Es el pago a los señores Dupont. El tercer plazo... Ciento cincuenta mil francos...

Juan firmó el correspondiente recibo, y cuando el empleado se retiró, se puso a contar los billetes.

A la vista de aquel dinero se agrandaron las pupilas de Arístides, y un impulso de codicia hizo vibrar aceleradamente su corazón.

De nuevo volvió a insistir:

—Ahora no dirás que no tienes medios para salvarme. Nadie sabrá nada... El lunes te devolveré el dinero... ¡Te lo juro!

Y sin esperar respuesta se abalanzó sobre los ciento cincuenta mil francos y su mano derecha convertida en garra de su ambición se apoderó de un puñado de billetes.

Juan trató de rescatarlos y ambos amigos lucharon con ahinco. La inesperada presencia del señor Orlate obligó a Juan a separarse de Arístides. No era conveniente que su principal se diese cuenta de lo que sucedía.

Los billetes quedaron en poder de Garnier quien se apresuró a recoger su sombrero y a abandonar el despacho murmurando al salir:

—¡Hasta el lunes!

El señor Orlate no adivinó nada y Juan calló porque haber hablado hubiese sido delatar al amigo.

—¿Es el pago de la casa Dupont? — le preguntó su principal refiriéndose a los billetes que quedaron sobre la mesa.

Y a un gesto afirmativo de Morel, añadió:

—No olvide, Juan, que uno de los más firmes puntales de mi Banca es el exacto cumplimiento de sus obligaciones.

Al quedar solo Morel recontó el dinero recibido. Faltaban quince mil francos, cantidad suficiente para causar su ruina y deshonor si

se notaba en falta antes de que Arístides cumpliera su palabra de devolverla. Morel tuvo un momento de profunda desesperación y desaliento. La confianza no tardó en renacer en él. Era imposible que Garnier cometiese una mala acción faltando a su promesa. El pagó a la casa Dupont había de hacerse a las doce del día del inmediato lunes. Arístides, por consiguiente, disponía de cuarenta y ocho horas para hacer honor a su palabra.

Al terminar su trabajo, Juan regresó a su casa relativamente tranquilo. Como todos los sábados en el modesto hogar del empleado se celebraba una comida a la que invariablemente era invitado el viejo Martín, el afortunado poseedor del antediluviano 40 H. P.

Como había prometido, Martín se presentó en casa de sus amigos sosteniendo triunfalmente una hermosa liebre destinada a reforzar el menú que la señora Morel, ayudada esta vez por Geneveva, había confeccionado.

Mediaron las presentaciones de rigor. El viejo Martín no conocía a la vecinita de rubios cabellos y ojos azules.

La dueña de la casa hizo su elogio:

—Nuestra vecinita Geneveva... ¡Un ángel que ha venido a alegrarnos la vida!

El viejo Martín besó con galantería la blanca mano de la muchacha y entregó a la señora Morel el producto de sus batidas cinegéticas asegurando:

—¡Una de mis víctimas! ¡Si sigo así voy a despoblar los bosques de Francia!

Pero cuando la señora Morel fué a depositar la víctima del formidable cazador en el ara de los sacrificios culinarios, vió con asombro que la liebre ostentaba en su cuello un pequeño cartelito con esta elocuente inscripción:

A 4 FRANCOS EL KILO

Volvió al comedor cuando el viejo Martín insistía ante Genoveva sobre sus prodigiosas y mortíferas excursiones a los bosques de Francia diciendo:

—¡Mis hazañas son dignas de ser contadas como las de los caballeros de otras edades!

La señora Morel enfrió tales entusiasmos mostrando el cartelito delatador.

El viejo Martín renunció a continuar elogiando sus proezas. Viéndose descubierto declaró noblemente:

—Confieso mi pecado. Realmente, a esa simpática liebre la mató mi cartera... en un escapate.

Sonó el timbre en la puerta. Y, adivinando quien era él que llamaba, salieron todos a recibirle. Era Juan, en efecto. Una sombra de preocupación vagaba aún sobre su frente; pero el cariñoso entusiasmo con que le recibieron bastó a disiparla.

La comida transcurrió en medio de la más sabrosa alegría. El viejo Martín relató ahora verídicas hazañas, según él, que le hicieron rival de la propia Diana.

Cuando la señora Morel puso sobre la mesa una empolvada botella, olvidó su escopeta y su canana para exclamar con entusiasmo:

—¡Burdeos de las bodegas de Napoleón!... ¡Esto es capaz de hacer resucitar hasta la liebre!



—¡Una de mis víctimas!

Después, sorprendiendo las miradas que Juan dirigía con frecuencia a Genoveva, le dijo en voz baja:

—Me parece que ese *ángel*, como llama tu madre a la vecinita, acabará por hacerte perder la cabeza.

A la terminación de la comida, ya de sobremesa, el viejo Martín, que aquella noche se hallaba inspirado, propuso:

—Es preciso que aprovechemos estos es-



—*Me parece que ese ángel, como llama tu madre a la vecinita, acabará por hacerte perder la cabeza.*

pléndidos días de otoño. Mañana domingo os invito a dar un paseo en mi 40—HP.

Cuando el viejo Martín se marchó y Geneveva se retiró a sus habitaciones, al quedar solo Juan, recordando la escena desarrollada aquella tarde en su despacho volvió a sentir

la incertidumbre de las consecuencias de su benevolencia para con el amigo, y nuevamente se preguntó a sí mismo:

—¿Debí obrar cómo lo hice? ¿Debí delatarlo?

Y la luz del alba sorprendió su insomnio y el vago temor que inquietaba su alma.

El viejo Martín fué puntual a la cita.

A la hora convenida, más aseado que generalmente lo estaba, el milenar 40 HP. se detuvo ante la puerta de la casa de los Morel. El conductor hizo sonar tan repetidas veces la bocina que la *fiera* de la portería apareció escoba en ristre, increpando al escandalizador:

—A ver si va a dejar sordo a todo el barrio, porque es propietario de esa chocolatera.

Al fin se presentaron los invitados y tomaron posesión del desvencijado vehículo.

La portera tuvo nueva ocasión de mostrar su desagrado.

—Y después dirán — murmuró — que han ido en automóvil... ¡farsantes!

El 40 H. P. parecía no tener muchos deseos de hacer girar sus ruedas. El viejo Martín tuvo que convencerlo a fuerza de dar vueltas a la manivela del motor. Al fin arrancó aquel carcamal con neumáticos entre nubes de gasolina que tornaron negra a la portera aunque estaba roja de ira.

—¡Indecentes! — gritó — esto no se hace con una mujer honrada.

El paseo comenzó bajo los mejores auspicios. El 40 H. P., aunque con su trotecillo

cochineros capaz de desprender los riñones al que mejor colocados los tenga, marchó al principio con cierto desahogo y hasta se permitió adquirir velocidades que, en ocasiones, llegaron a propasar los quince kilómetros por hora.

Pero llegó un momento en que la ancianidad reclamó sus fueros y el 40 HP dijo: ¡De aquí no paso ni con bombones de gasolina!" Y el agradable paseo quedó interrumpido.

Fué inútil que el dueño de aquella maravilla mecánica apretase tornillos, diese grasa consistente a los engranajes, sustituyese bujías, y diese de beber al sendiento radiador. La parálisis era general y progresiva. Y, a la hora de intento de reparaciones, el 40 H P. continuaba tan grave como al principio. Con la esperanza de alcanzar su curación permanecieron a su lado el viejo Martín, que como hombre de los bosques que era se sirvió para su ingrato y sucio trabajo de un *mono*, casi contemporáneo del auto inamovible, y la señora Morel que comentaba los inútiles esfuerzos de su amigo con sonrisas burlonas.

Genoveva y Juan prefirieron internarse en un prado vecino fecundado por las aguas del Sena.

En otoño los árboles desnudos de la orilla del río reflejaban sus esqueletos en la corriente convertida en espejo bajo la luz del atardecer.

Genoveva y Juan fueron a sentarse cerca del agua al pie de un tronco gigantesco cuyas

ramas fingían sobre los dos jóvenes aristas de una colosal bóveda cuyo fondo era el azul intenso del cielo.

No hablaban. Miraban deslizarse al Sena y seguían el derrotero del cauce que, allá, al fondo, en una violenta desviación, parecía extinguirse como si el río fuese un inmenso lago cercado por márgenes tapizadas de húmeda hierba.

Fué Juan el primero que rompió este prolongado silencio.

—¡Cuánto se ha calumniado al otoño!— exclamó—, dicen que la primavera es la estación propicia para las ilusiones y los sueños gratos que el amor inspira, porque trae flores y el sol brilla más intensamente. Y, sin embargo, yo creo que esta armonía otoñal que nos rodea es la voz más propicia para despertar en nosotros los más sinceros afectos. ¿No lo cree usted así, Genoveva?

—Primavera u otoño todo es uno mismo — replicó ella con acento de amargura—. La realidad de las cosas no están en ellas mismas, sino en los ojos y en el corazón de quien las contempla. Muchas veces una música alegre nos entristece y, otras, una música triste nos alegra.

—P. ra usted, Genoveva — afirmó él—, debe sonar siempre la música alegre de las tristezas, porque aun en los momentos en que es más franca la sonrisa de sus labios yo adivino no sé qué fantasma de dolor en el fondo de sus ojos.

—No lo crea; le aseguro que se equivoca.

—No puede equivocarse quien observa con el interés y afecto con que yo la observo y espío todos los secretos que adivino detrás de la muralla de nardos de su frente. Nada le he preguntado y sin embargo un afán de saber me consume.

—¿Qué puede importarle el pasado ni aun el presente de una pobre mujer como yo?

—Me importa porque esa pobre mujer, Genoveva, se ha apoderado de mi voluntad y pensamiento de tal manera que ella preside y llena por entero las ideas y acciones de mi vida.

—Hace mal, Juan, en ser tan generoso conmigo; yo no merezco el aprecio de un hombre como usted. Vivo a su lado, con su madre, por el egoísmo irresistible del que se siente feliz y no quiere renunciar a la dicha inmerecida que le salió de improviso al paso.

—Sus palabras confirman lo que yo había adivinado. Cuando tuve la fortuna de salvarle la vida, comprendí que la muerte que apetecía era el castigo y la liberación de una falta cometida. Y, sin embargo, la quise desde el primer momento y la quiero y la perdono sin compadecerla, porque para los pecados de amor la compasión es desprecio.

—Mi falta, Juan, es mayor de lo que usted supone; sus consecuencias no me alcanzaron a mí sola. Un ser inocente las comparte, y para recompensarle el daño injustamente causado, necesito reconcentrar en él todos mis afectos.

—¿Y yo nunca podré esperar...?

—Lo irreparable nos separa.

Enmudecieron los dos. Y sobre los enamorados imposibles cayó la triste melancolía del atardecer, la amargura infinita de las vidas truncadas...

## V

Y llegó la mañana fatídica del lunes.

Juan acudió a la banca Orlate más temprano que de costumbre: la impaciencia le devoraba.

Al verlo uno de los subalternos encargados de la limpieza lo mostró a sus compañeros, diciendo:

—¡Vaya un empleado modelo!

Juan lo primero que hizo fué telefonar a casa de Aristides. Le respondieron que no estaba. Nueva contrariedad. Pero aun no dudaba de que el amigo cumpliría la palabra empeñada. Iría él mismo a buscarle.

Recontó el dinero destinado para el pago a los señores Dupont. Al comprobar la falta de los quince mil francos, le inundó un nuevo desaliento.

—¡Quince mil francos!... ¡El precio de mi honra y de mi vida! ¡Y cuánto dinero es esa cantidad para el que vive sólo de su trabajo!

Una llamada al teléfono fué un rayo de esperanza.

—¿Es la banca Orlate?—preguntaron.

—Sí. La banca Orlate. ¡Diga!

—Soy el cajero de la casa Dupont. No ol-

viden que el pago de los ciento cincuenta mil francos debe hacerse antes de mediodía.

Aquella conminación le decidió a ir sin pérdida de tiempo en busca de Arístides. Pero, inútilmente, llamó con insistencia a la puerta de la casa.

Una vecina del piso inmediato salió a darle la cruel noticia.

—El señor Garnier—le dijo— se despidió ayer de nosotros, afirmando que se ausentaba de París.

Como un ebrio, volvió Juan a la calle. En un estado de completa inconsciencia vagó sin rumbo y sin darse cuenta de que el tiempo transcurría y que la hora siniestra se acercaba.

A las doce en punto, el cajero de la casa Dupont se presentó en el despacho del señor Orlate a hacerse cargo del pago convenido.

El banquero ordenó que avisasen a Morel.

Pero el criado volvió diciendo que no estaba en su despacho.

—Cuando regrese, avísenle que deseo hablarle—encargó a su dependiente el señor Orlate.

Después, volviéndose hacia el cajero de la casa Dupont, afirmó:

—Se ha molestado inútilmente. No hay duda de que se ha cruzado con Morel en el camino.

Rendido de fatiga, deshecho por la desesperación de su impotencia, Juan regresó al despacho cuando ya faltaban pocos minutos para terminar la jornada de la mañana.

Su principal no tardó en presentarse ante él. Al reparar en la alteración que en su rostro se le veía, le preguntó fríamente:

—¿Qué sucede, señor Morel?

Juan se adelantó hacia él, dispuesto a una confesión sincera y a demandar un perdón que esperaba obtener, siquiera fuera en atención a su intachable conducta.

—¡Señor Orlate!—exclamó—. Usted sabe que soy un hombre honrado... ¡Sálveme!

Y, ante el gesto de incomprensión de su principal, añadió:

—No he podido hacer el pago... El sábado... cuando usted entró en mi despacho...

Con entrecortadas frases, Juan refirió brevemente la lamentable escena, que le hizo faltar por primera vez al cumplimiento de sus obligaciones.

Orlate le escuchó impasible, sin que un gesto de piedad o benevolencia se reflejara en su rostro. Cuando concluyó Morel, se limitó a decir, con sarcástico acento:

—No está mal inventada la historieta.

Juan no dudó en humillarse; se arrodilló ante aquel hombre en el que parecían haberse agotado todos los resortes sentimentales.

Ni esta actitud desesperada de su dependiente conmovió a Orlate. Lo rechazó, cruel, insultándole.

—¡Eres un ladrón y el lugar de los ladrones es la cárcel!

Juan suplicó de nuevo:

—¡Yo estoy seguro de que mi amigo de-

volverá el dinero, pero si no lo hiciera, yo respondo con mi sueldo.

—Eso, se lo contarás al juez.

Orlate llamó a un criado y le ordenó que avisase al puesto de policía del distrito.

Aquella orden hizo que Juan reaccionase.

Se vió difamado, privado de libertad en la lobreguez de un estrecho calabozo. Adivinó el dolor de la viejecita de los cabellos blancos, y la vergüenza de la rubita de ojos azules. Y no teniendo fuerzas para luchar contra su infortunio, prefirió huír, huír de los hombres que tejieron la estrecha malla de leyes y códigos para atrapar en ella con frecuencia injusticias y maldades. Y, apartando violentamente a Orlate que le cerraba el paso, ganó rápidamente la calle y se perdió entre la muchedumbre que la llenaba.

El banquero desaprensivo, que sólo a argucias inconfesables debía su encumbramiento, tuvo todavía un cruel comentario para el fugitivo:

—¡Quince mil francos!... ¡Ha robado poco!... ¡Con ese dinero no se va lejos!...

## VI

Ignorantes de la tragedia que se cernía sobre su hogar venturoso, la señora Morel y Genoveva aguardaban el regreso de Juan para comenzar la comida del mediodía.

Desde el paseo en el famoso coche del amigo Martín, durante el cual adivinó el amor que a su hijo unía con Genoveva, la viejecita experimentaba gratas alucinaciones durante las cuales a su imaginación se presentaban risueñas escenas de un cercano porvenir.

Mientras Genoveva traginaba aquella mañana en la cocina preparando la comida, ella se durmió en el sillón donde se dedicaba a su interminable labor de ganchillo y soñó... Soñó que se hallaba junto a una cuna, donde reposaba un angelito de cabellos rubios, cuyos ojos eran azules, como los de Genoveva y los cabellos los tenía negros, como los de su hijo. Y la visión halagadora de la feliz abuelita se amplió. Y ya no era sólo a un niño a quien contemplaba. Eran dos, tres, cuatro, cinco, los que la miraban a ella con sus ojos puros, como el sol de Andalucía, y tendían sus bracitos en demanda de caricias.

El timbre de la puerta le sacó de su dulce ensueño. Seguramente era Juan.

Peró no fué a Juan a quien Genoveva franqueó la entrada. Cuatro caballeros desconocidos, aparecieron ante ella. Uno de ellos, al que los demás parecían obedecer, solicitó hablar con la señora Morel.

Cuando se encontró frente a ella, le anunció:  
—Soy el comisario de Policía del distrito.

La señora Morel, un poco sorprendida por la presencia de aquel funcionario en su casa, interrogó:

—¿Y a qué debo el honor de esta visita?

—Ese documento se lo dirá—replicó el comisario, alargándole una hoja de papel sellado.

Era una orden de la Prefectura de Policía, concebida en estos términos:

*Señor Comisario:*

*A petición del banquero Mr. Richard Orlate, proceda a la detención de Juan Morel, seguida de registro en su domicilio.*

La infortunada madre no acababa de comprender el significado de aquel documento. Fué necesario que el Comisario se lo aclarase, de palabra.

—Es una orden de prisión contra su hijo, acusado de... robo.

Sobre el corazón de la viejecita, la fría acusación de la justicia fué como una puña-

lada de dolor. Sintió que sus ojos se nublaban, que estaba a punto de desmayarse. La indignación de creer calumniosas las palabras del comisario, le dió fuerzas para protestar:

—¡Mentira!—gritó—. ¡Mentira!

—Su huida es la mejor prueba de culpabilidad—insistió el policía, imperturbable.

La desolada madre se dejó caer en el sillón situado a su espalda, sollozando:

—¡Quieren perderle! ¡Juan es bueno! ¡Juan sabe que una mala acción suya me mataría!

Después, dando suelta al manantial de su llanto, añadió, cubriéndose la cara con las manos:

—¡Qué vergüenza!... ¡Ilumínale, Dios mío!... ¡Sálvale!

El comisario ordenó a los policías que le acompañaban que comenzasen el registro judicial.

Las dos pobres mujeres, solas en su amargura, contemplaban las manipulaciones de aquellos hombres que no respetaban en su afán indagador ni los rincones más sagrados.

Al fin, los representantes de la autoridad se retiraron, dejando una estela de inconsolable amargura a su paso.

¿Qué diferencia la velada de aquella noche y las pasadas, cuando, bajo el resplandor acariciador de la lámpara familiar, se cruzaban y se besaban al cruzarse las miradas serenas de tres seres unidos por un recíproco afecto!

La casa quedó vigilada. Los cazadores de

hombres esperaban confiados que el pájaro volviese al nido que abandonó.

Y el pájaro, sin medir los peligros a que se exponía, revoloteaba en torno al nido abandonado.

Juan, oculto en no importa qué antros de la ciudad gigante, volvió a las cercanías del hogar querido, con la esperanza de poder decir adiós a aquellos de quienes un destino cruel le separaba.

Vagó durante varias horas sin atreverse a intentar el paso decisivo, temeroso de caer en poder de los que tendieron las redes de su vigilancia para cazarle.

Con intensa emoción vió brillar detrás de los cristales de los cerrados balcones aquel resplandor de la lámpara que tantas veces iluminara su apacible felicidad.

Al fin, sobreponiéndose a las inclinaciones de su alma, decidió alejarse de la zona peligrosa de aquella barriada. Antes, más bien con el corazón que con las palabras, murmuró con voz que sólo por él pudo ser escuchada:

—¡Adiós, madre!... ¡No llores por el pecado de tu hijo!... Soy inocente.

Y velozmente, se perdió entre las sombras de la noche.

## VII

Para la señora Morel comenzó desde entonces un verdadero calvario de dolor. De nada servían las caricias y cuidados filiales de Geneveva. Su pensamiento corría a través de lo desconocido, en busca de aquel hijo amado y perseguido, que constituía el único lazo que sostuvo unida al mundo su existencia llena de múltiples sinsabores. Queriendo apurar hasta las heces la copa de su dolor, trató de conmover el corazón incommovible del banquero Orlate.

Se presentó en su despacho y mereció los honores de ser recibida.

Expuso el objeto de su visita. Su hijo era bueno. No podía haber robado; nadie le conocía vicio alguno.

—¡Por su madre!—rogaba, suplicante—. ¡Retire la demanda contra mi hijo, señor director! ¡Es honrado como su padre! ¡Como yo! ¡Es mi sostén, es mi vida!

Y, adivinando la codicia que se escondía tras la impasibilidad reflejada en el rostro del banquero, añadió, prometedora:

—¡Yo devolveré la cantidad, poco a poco!...

¡Hasta me quitaré el pan de la boca, para pagar!

Al fin, rompió su frío silencio el banquero y fué para clavar un nuevo dardo en el corazón sangrante de la madre afligida.

—Yo retiraré la demanda—sentenció—, cuando se me paguen los quince mil francos.

—¡Somos pobres!—arguyó la suplicante—; sólo hemos vivido de nuestro trabajo, y el que trabaja no puede ahorrar un céntimo. ¿Cómo quiere que le paguemos?

—Es mi última palabra—insistió el tirano—. Con el reembolso vendrá la orden de suspender la ejecución de la demanda.

Se retiró la madre infeliz, convencida de la inutilidad de sus ruegos, y volvió al hogar sin alegrías, al nido sin calor, donde la acechaban las largas horas de espera sin esperanza, viviendo sólo del recuerdo del pasado ensombrecido por las negruras del presente.

Genoveva se esforzaba en mitigar con sus cariños aquel sufrir sin tregua ni consuelo que amenazaba destruir en breve plazo la débil naturaleza de la viejecita.

Enfermó la madre y la hija adoptiva olvidó sus propias tristezas para centuplicar su devoción hacia la enferma.

El viejo doctor, amigo de la casa, procuraba contener los progresos de aquel mal no catalogado en los anales clínicos ni patológicos. Pero su sabiduría y su experiencia eran insuficientes, y así se lo confesó, advirtiéndole:

—La más ligera emoción puede matarla. No la contraríe, no discuta sus caprichos, por muy extravagantes que le parezcan.

Genoveva sólo se apartaba de su lado unas cuantas horas al cabo de la semana, para ir a ver al hijo de su desdichado amor, confiado a los cuidados de una muchacha inteligente y servicial. La breve permanencia al lado de aquel único rayo de sol que le dejó la fatalidad de su tragedia pasada, le daba fuerza para continuar siendo la enfermera de espíritu y de cuerpo que rodeaba a la señora Morel de amor filial.

La pobre madre no alcanzaba la dicha de obtener que el tiempo fuese apagando la llama voraz de sus íntimos dolores. Aun en los momentos de descanso, horribles pesadillas turban sus sueños y la hacían despertar, presa de horribles angustias.

—¡Mi hijo es inocente!—repetía sin cesar. —¡El no puede haber robado! Lo acosaron y se mató sin duda no pudiendo sobrevivir a su vergüenza. ¡No le veré más!

## VIII

Como si el cielo hubiese querido castigar la dureza de su alma, el banquero Orlate comenzó a sufrir serios quebrantos en la marcha de su hasta entonces próspero negocio.

La operación financiera para la que solicitó el concurso de varios capitalistas, no dió el resultado que él se prometía. Y, con la pérdida del crédito, vinieron las dificultades económicas que amenazaban convertir en ruina el pasado prestigio del establecimiento bancario.

Mientras tanto, la señora Morel iba desahciéndose de cuantos objetos de valor poseía, con la esperanza de reunir la cantidad necesaria para libertar a su hijo del oprobio e injusto castigo que le amenazaba.

Pero todos sus esfuerzos parecían ser inútiles. Para llegar a la cifra de los quince mil francos, aún faltaban muchos de aquellos billetes azules que ella iba coleccionando en el rincón más oculto de su mueble favorito.

Una noche, después de arrostrar las iras de la portera que le afeó el que con sus zapatos manchados de lodo ensuciase la escalera, el vie-

jo Martín se presentó triunfante en casa de los Morel.

Prodigó, como siempre, palabras de aliento a la viejecita, asegurándole que no tardaría en brillar la inocencia del ausente, y que éste volvería a su hogar.



*...para ir a ver al hijo de su desdichado amor...*

Después la entregó cinco billetes de a cien francos, diciéndole:

—Ya falta menos para reunir el precio del rescate. Esos quinientos francos son el producto de la venta de mi 40 HP. Me lo compró el dueño de una tienda de antigüedades.

Las veladas continuaban transcurriendo en medio de la mayor tristeza y silencio.

Mientras la señora Morel dormitaba en su sillón, Genoveva cosía afanosamente, porque era ella ahora la que cubría con su trabajo las necesidades más perentorias del hogar.

Una noche al retirarse cada una a sus habitaciones, se entregaron las dos a evocar el recuerdo de lo que en el mundo les era más querido. Y como no hay ningún amor tan fuerte y hondo como el de una madre, ambas se extasiaron ante los retratos de sus hijos.

Genoveva, desde la desaparición de Juan, se había instalado en la alcoba contigua a la que ocupaba la señora Morel, para estar al cuidado de la anciana enferma. Escondida en el fondo de un cofre, guardaba la fotografía del hijo de su pecado y, todas las noches, antes de acostarse, besaba repetidas veces aquella imagen querida y con frecuencia se dormía estrechando contra su corazón la cartulina que para ella tanto significaba.

También ahora la tenía entre sus manos y la cubría de besos, en tanto que mansas lágrimas se escapaban, como rocío de amor, del cielo azul de sus ojos.

La señora Morel, después de contemplar una por una las reliquias que le recordaban los hechos más salientes de la vida de Juan, debió pensar que algo había olvidado, pues se dirigió al cuarto de Genoveva, con ese andar vacilante de los viejos que, al conducirlos ha-

cia la sepultura, es recuerdo de los primeros pasos de la infancia en la aurora de la vida.

Tan absorta estaba Genoveva en la contemplación del retrato de su hijo, que no sintió



—*Ya falta menos para reunir el precio del rescate.*

que la puerta se abría y en su cuarto penetraba la señora Morel.

La viejecita quedó asombrada al descubrir la fotografía que Genoveva sostenía en sus manos y alzaba con frecuencia hasta sus labios. ¿Quién podía ser aquel ángel que en el fondo de la blanca cartulina sonreía?

La señora Morel ignoraba cuanto al pasado de su vecinita se refería. Juan no se lo hubiera podido comunicar, aunque tal fuese su propósito, porque la confirmación de sus sospechas no la tuvo hasta el día anterior al de la tragedia que le obligó a huír de su hogar. Por eso la viejecita contemplaba ahora con marcada extrañeza aquel retrato de niño cuya sonrisa de inocencia y negros cabellos le recordaban otros retratos de la infancia de su Juan, que ella acababa de besar.

De repente, una idea halagadora iluminó su cerebro e hizo vibrar de alegría su cuerpo decrepito. ¿Sería posible...?

Desde el famoso paseo en el auto enajenado del viejo Martín, ella había adivinado que entre su hijo y Genoveva existía un secreto de amor. Pero, ¿desde cuándo existía aquella trabazón sentimental y hasta qué punto de intimidad habían llegado los enamorados? ¿No sería aquel niño a quien Genoveva prodigaba tan apasionadas caricias, el primer nietecito de sus sueños, que Dios le enviaba para contrarrestar el dolor de haber perdido al hijo Lien amado? Sin duda los amantes, temerosos de que ella los recriminase por haber sorprendido su buena fe y manchado la limpia tradición de la familia, le habían ocultado el fruto de su falta, esperando ocasión propicia para purificarlo mediante el Santo Sacramento del matrimonio. ¡Y los tontos ignoraban que la abuelita estaba anhelante de perdonar, porque su corazón, sediento de cariños y ternu-

ras, soñaba constantemente en acariciar y mecer entre sus brazos al nietecito querido, que hiciese renacer en él la alegría de sus primeras efusiones maternas!

Todos estos pensamientos cruzaron en rápido desfile por la imaginación de la viejecita, mientras contemplaba, sin ser vista, el retrato que Genoveva retenía en sus manos. Al fin la muchacha se dió cuenta de que alguien la espiaba y volvió la cabeza. Al verse sorprendida en su muda adoración, intentó ocultar la fotografía. Pero la señora Morel se lo impidió, diciéndola:

—No, no lo escondas. También yo tengo derecho a besarlo.

Cogió la fotografía en sus manos temblorosas y la llevó con apasionamiento a los labios. Después, la miró, la contempló largamente con ojos de supremo contento, repitiendo:

—¡Es como él, como su padre, como mi Juan! ¿Por qué me ocultasteis la existencia de este ángel?

Genoveva iba a responder, a referir la verdad, deshaciendo aquel equívoco que llevó a la señora Morel a tomar por nieto suyo al que sólo era hijo de un desalmado cuyo corazón era tan pequeño que no cupo en él la ventura de la paternidad y de una desgraciada que estuvo a punto de pagar con su vida la debilidad de un momento.

Pero recordó la sentencia facultativa. Una emoción intensa, y ninguna mayor que la desilusión de las risueñas esperanzas concebidas,

podía acabar con la existencia tronchada de la viejecita.

Genoveva no se atrevió a pronunciar la palabra desengañadora y calló de momento, prometiéndose revelar más adelante a la señora



—¿Por qué me ocultasteis la existencia de este ángel?

Morel el secreto que hasta entonces le ocultara.

Fué inútil. La viejecita, perdido el hijo de su amor, se aferró a aquel nuevo afecto que en ella nacía y quiso cuanto antes tener a su

lado aquel a quien creía carne y sangre del desaparecido.

Constantemente reprendía con cariño a Genoveva:

—¿Por qué me escondisteis tú y él vuestro secreto?... ¡Si yo adiviné que os amabais! ¡Me hubiera sido tan dulce perdonaros!

No hubo manera de oponerse a los deseos de la viejecita. Genoveva trató de retardar su realización. Pero la ilusionada abuela insistía a cada hora, a cada momento, con tesón de niño que reclama el juguete predilecto.

Y, al fin, el hijo de la mentira ocupó el lugar preferente del hogar entristecido, que se hizo alegre al mágico encanto de la sonrisa infantil.

Desde entonces, la señora Morel, sin olvidar al hijo, cuyo paradero ignoraba, se mostraba más animosa, y hasta en los momentos en que tenía en sus brazos al nieto de su ilusión, la sonrisa aparecía en sus labios y brillaba en sus ojos.

El pequeño, como siempre sucede, llegó a ser el tirano de la casa, de cuyos caprichos y necesidades todos vivían pendientes, deseosos de ser el primero en satisfacerlos.

La madre real y la abuela imaginaria se disputaban las caricias del preferido, cuyo sueño velaban juntas y cuyo cuerpecito pasaba de los brazos de una a los de la otra, encontrándolo en ambas igual regazo de inagotable cariño.

Genoveva, feliz por tener cerca a su hijo, viéndole rodeado de todas las atenciones y cuidados, desistió de revelar ninguna palabra que pudiese echar por tierra las ilusiones de la señora Morel.

El sábado, al acudir a la cena familiar, que no obstante la ausencia de Juan continuaba celebrándose, el viejo Martín no podía sospechar la sorpresa que le aguardaba.

Le abrió la puerta la propia señora Morel, quien le intimó que guardase silencio.

El viejo Martín, que todos los sábados llevaba una buena provisión de cosas que decir y que, precisamente, aquél había hecho algunos extraordinarios, aceptó de mala gana la orden de su amiga quien, tomándole de la mano, le obligó a andar de puntillas hasta la habitación donde el *ángel de la casa* dormía bajo la mirada amorosa de su madre.

La señora Morel se lo mostró al sorprendido Martín, diciéndole al mismo tiempo:

—En este hogar ya no hay más rey que ese que duerme en la cunita. ¡Soy abuela!

El formidable cazador quedó extasiado contemplando aquel angelote de mofletudos carrillos y negros cabellos quien, aun en sueños, adivinando la presencia de un extraño, abrió los ojos y comenzó a llorar en un tono tan agudo, que revelaba en él extraordinarias facultades para eclipsar a Fleta o a Hipólito Lázaro el día de mañana.

La señora Morel lo tomó en sus brazos y

se lo mostró de nuevo a su viejo amigo, aclarando:

—¡Un hijo de Juan y de ella... de Genoveva!

La sorpresa del señor Martín iba en aumento. No comprendía cómo un acontecimiento de tal naturaleza hubiese permanecido ignorado para él durante tanto tiempo. Aquello significaba una falta de confianza, de la que estaba dispuesto a exigir estrecha cuenta.

Sin embargo, se mostró más transigente cuando la señora Morel le hizo un sucinto relato de lo que ella suponía la verdad de lo sucedido. Entonces, depositó su primer beso sobre la frente del niño y, mirando con ternura a Genoveva, que permanecía silenciosa y con los ojos bajos, le dijo, indulgente:

—No hay que ruborizarse, preciosa. Un hombre como yo, todo lo comprende, sobre todo, tratándose de una muchacha tan bonita como tú. Confieso que si yo hubiese estado en el caso de Juan hace cuarenta años, hubiese hecho lo propio. Nada hay tan grato en la vejez como el recuerdo de estos pecadillos de la juventud.

Rieron las mujeres las palabras de su viejo amigo y hasta el niño pareció sentir mayor benevolencia para el extraño, puesto que acabó de llorar y cerrando los ojos se volvió a sumir en su interrumpido sueño. La señora Morel lo colocó de nuevo sobre la cuna, y, los tres, ella, Genoveva y Martín, después de depositar cada uno un beso en la frente del dur-

miante, pasaron a la habitación inmediata, donde el viejo amigo dió, a su vez, una grata sorpresa.

Gracias a una operación afortunada intentada con sus pequeños ahorros, había conse-



—¡Un hijo de Juan y de ella... de Genoveva!

guido reunir los dos mil quinientos francos que faltaban para completar la cantidad que Orlate exigía antes de retirar la demanda contra Juan.

Es de suponer la alegría de las dos mujeres, sobre todo de la madre que tanto había

sufrido durante la ausencia del hijo fugitivo. A pesar de no ser hora ya de oficinas, quería ir en busca del banquero, para hacerle entrega del rescate con tantas fatigas reunido y exigirle el inmediato cumplimiento de su promesa. Al fin la hicieron desistir de aquel deseo inspirado por la natural impaciencia de la madre, y quedó convenido que al día siguiente sería Genoveva la que se entrevistaría con Orlate.

—Usted no debe ir a ver a ese hombre— afirmó la antigua modistilla—. Ni él merece esa visita ni usted podría soportarla. Yo iré a llevarle el dinero y le arrancaré una declaración escrita en la que reconozca la inocencia de Juan.

## IX

Decididamente, la fortuna había vuelto la espalda al banquero Orlate. Sus negocios habían ido de mal en peor y la bancarrota fué el término de aquella pendiente fatal.

La misma mañana en que Genoveva se disponía a obtener mediante la entrega de quince mil francos una declaración de inocencia a favor de Juan Morel, las oficinas del antes acaudalado banquero aparecían llenas de numerosos clientes que gritaban, gesticulaban y maldecían al conocer por mediación de los empleados la imposibilidad en que la casa se veía de atender a sus obligaciones.

Orlate, en su despacho, acompañado de los capitalistas a quienes llevó a la ruina, trataba inútilmente de conjurar la situación. Hasta él llegaban los amenazadores gritos de la indignada muchedumbre de acreedores, y su imaginación, siempre pródiga en recursos financieros, naufragaba ahora en un mar de dudas, sin acertar con el medio de resolver inmediatamente el perentorio problema.

Para tomarse algún tiempo, encargó a un empleado que convenciese a sus clientes de que la suspensión de pagos era sólo momentánea.

La artimaña no dió el resultado apetecido.

Las protestas arreciaron y hasta surgieron oradores espontáneos, que se encargaron de exaltar los ánimos, aún más de lo que ya lo estaban.

—¡Con nuestro dinero—afirmaban— paga su palacio, sus amigas, su vida de escándalo! ¡Exijamos estrecha cuenta de su proceder a ese desahogado!

La policía comenzaba a ser impotente para contener la indignación que aumentaba y rugía como las olas de un mar embravecido.

Algunos de los perjudicados lanzó la idea de que se debía asaltar el establecimiento y tomarse la venganza por su propia mano.

Orlate, desde su despacho, se enteraba con terror, del giro que iba tomando la protesta de sus clientes y, solo—pues los capitalistas, convencidos de la imposibilidad de salvar sus capitales, se resignaron a salvar únicamente sus personas—, se aprestaba también a escapar del furor que le amenazaba. En un maletín iba encerrando los documentos que más podían importarle, a fin de tenerlo todo preparado para la huida.

En este momento fué cuando Genoveva, portadora de los quince mil francos, se presentó en el establecimiento bancario. Quedó sorprendida ante aquel desorden que en las oficinas reinaba. Pero, dispuesta a cumplir la misión que le fué confiada, solicitó ser llevada inmediatamente a presencia de Orlate.

El empleado a quien se dirigió la cortó el paso, diciendo:

—El señor director no recibe a nadie. Está procurando salvar la situación financiera.

Los oradores espontáneos continuaban excitando a la muchedumbre. Genoveva, obligada a permanecer confundida entre los acreedores de Orlate, escuchaba aterrorizada aquellos vehementes discursos.

Una voz se alzó, gritando:

—¡Basta de agiotistas! ¡Tomémoslo la justicia por nuestra mano!

Un imponente rugido respondió a aquella proposición. La muchedumbre, como un ejército que recibe la orden de avanzar a toda costa, avanzó hacia el despacho de Orlate, arrollando cuanto se oponía a su paso. Los policías se vieron precisados a ceder, y muebles, mostradores y puertas rodaron hechos pedazos, ante aquella irresistible avalancha.

El banquero comprendió la inminencia del peligro y cogiendo el repleto maletín pretendió escapar por un pasadizo secreto, disimulado en la pared por un gran cuadro.

Pero descubierta aquella salida por la policía, estaba bien guardada.

Se vió obligado a retroceder, en el momento que la indignada turba de acreedores, derribando la puerta, penetraba en el despacho, gritando:

—¡Venganza! ¡Venganza!

Orlate se sintió prontamente arrebatado por cien manos que le herían y golpeaban. Fué in-

útil toda resistencia. El banquero cayó al suelo, y en él se sació el furor popular, que cuando se desborda, no encuentra fuerza que contenga sus desmanes.

Genoveva había llegado también hasta el



—¡Venganza! ¡Venganza!

despacho, impulsada por la sugestión de la tragedia. Vió sobre el suelo el cadáver sangrante de Orlate y, sólo entonces, recobrada su libertad de acción, huyó despavorida y regresó a casa de la señora Morel, pálida de terror.

A ella y al viejo Martín que la aguardaban, refirió en breves palabras el drama de que había sido testigo.

—¡Orlate ha muerto!... ¡Todo está perdido!... ¿Quién retirará ahora la acusación?

La amargura de la señora Morel no tuvo límites. Comprendió que muerto el único hombre que podía favorecerle, su hijo estaba irremisiblemente perdido. Aquellos quince mil francos, con tantos afanes reunidos, para nada servían. La justicia seguiría su curso y Juan sería condenado, puesto que todas las circunstancias le acusaban.

En vano se esforzaban ella, Genoveva y el viejo Martín en hallar un medio que ofreciese esperanzas de éxito. La fatalidad se mostraba con ellos inexorable, gozándose en destrozarse todas las ilusiones cuando la realización de ellas parecía más cercana.

La pobre viejecita volvió a perder en una hora aquel reflejo de salud y aquel destello de alegría que trajo a su espíritu atribulado la presencia en la casa del supuesto nietecito.

Pasó el día anegada en llanto y repitiendo sin cesar:

—¿Cómo salvar a mi hijo?... ¿Qué poder hará resplandecer su inocencia?

## X

Aquella noche, mientras la señora Morel y Genoveva permanecían silenciosas y vencidas por el dolor junto a la cuna del niño dormido, un hombre rondaba la casa y contemplaba insistentemente las ventanas iluminadas.

No pudiendo resistir la atracción que parecía ejercer en él aquel reflejo de hogar, y venciendo las dudas y temores que parecían agitarle, se decidió a llamar a la puerta que le fué franqueada por la portera.

Procurando esquivar ser visto por la curiosa mujer que le espía desde la ventana de su cuchitril, aquel hombre ganó la escalera y ascendió rápidamente hasta el piso de los Morel, a cuya puerta llamó con insistencia.

Las dos mujeres que dentro velaban, quedaron sorprendidas, pues lo avanzado de la hora hacía inexplicable la presencia de un visitante.

Pero como todos los que esperan creen a cada momento que se halla próxima la realización de su esperanza, la propia señora Morel salió al encuentro del que llegaba.

Un grito de suprema alegría se escapó del

pecho de la viejecita al reconocer al hombre que se hallaba frente a ella.

—¡Juan!... ¡Hijo mío!

Y la madre y el hijo se unieron en un abrazo tan estrecho, que pareció que sus razones querían confundirse.

Genoveva los contemplaba enternecida. Pero la intensa satisfacción que en ella produjo el regreso del ausente se vió bien pronto turbada por el temor del conflicto que no iba a tardar en plantearse. Allí estaba, cerca, el hijo que ella llevó a aquella casa amparada en una mentira, piadosa, pero mentira, al fin. ¿Cómo juzgaría Juan su proceder? ¿Daría crédito a sus palabras cuando llegase la explicación inevitable, o creería que obró impulsada por bastardas aspiraciones?

Su incertidumbre iba a quedar resuelta momentáneamente, porque la señora Morel, después de desahogar su ternura maternal en las caricias que prodigó al hijo, le instó a que abrazase también a Genoveva.

—Ahora le toca a tu mujercita. Bésala y quíerela mucho. ¡Más que yo lo merece la pobre!

Un poco sorprendido por aquellas palabras de su madre, pero creyendo que la causa de ellas era que la viejecita conocía ya el secreto de su amor, Juan no se hizo repetir la invitación, mucho más, cuando ella, Genoveva, le tendía ya los brazos con un gesto de sincero cariño.

Se abrazaron. Y la viejecita, mirándolos así unidos, sonreía, mientras dos lágrimas de felicidad rodaban por sus secas mejillas.

La viejecita, cuando Juan se separó de Genoveva, lo condujo ante la cuna del niño dormido y, ante ella le reprendió cariñosamente:

—En tu ausencia he recogido lo que tú abandonaste. ¡A una madre no se le ocultan estos pecadillos! ¿No comprendías que yo te hubiese perdonado?

Y, luego, sin reparar en el creciente estu-  
por de él y señalando al que en la cuna reposaba, ordenó a su hijo:

—¡Bésalo, es sangre de tu sangre, y me ha dado fuerzas para vivir!

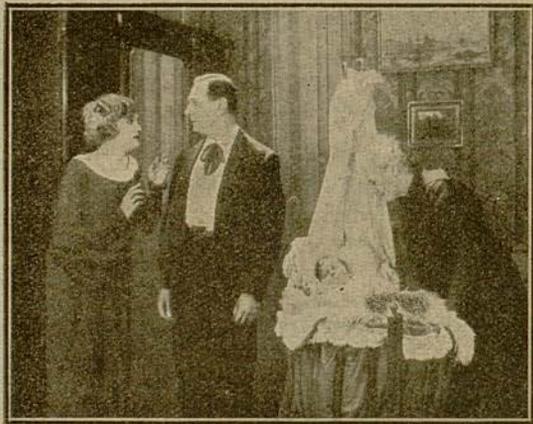
Juan contempló alternativamente a su madre y a Genoveva. No alcanzaba a comprender las palabras de la una, cuyo significado quería leer en los ojos de la otra.

Genoveva, mientras la viejecita se inclinaba para besar nuevamente al niño, tuvo ocasión de murmurar al oído de Juan:

—¡Perdón!... ¡El destino lo quiso! ¡Se afe-  
rró en que era hijo suyo, y un desengaño hu-  
biese sido matarla!

Juan leyó tal sinceridad en las palabras y en la mirada de Genoveva, que besó al niño con todo amor y volvió a abrazar a la madre con toda su alma. Había comprendido y había perdonado, si algo que perdonar había en aquella mujer que con el de su madre había compartido el culto de sus recuerdos en las horas amargas de forzosa ausencia.

Cuando Juan, pasados los primeros momentos de efusión, refería a su madre y a Genoveva cómo en los días de destierro se vió obligado a desempeñar los más bajos menesteres, una llamada a la puerta los llenó nuevamente de inquietud.



—¡Perdón!... ¡El destino lo quiso!

Juan se ocultó rápidamente, temiendo fuese la policía que, sabedora de que se hallaba en su casa, viniera en su busca.

La señora Morel abrió la puerta. No se habían equivocado. Ante ella apareció el comi-

sario del distrito, quien, sombrero en mano, la preguntó:

—¿Está en casa don Juan Morel?

Para salvar a su hijo, la madre no tuvo reparo en mentir, y negó.

—Entonces—dijo el comisario—, es a su madre a quien debo entregar este documento.

Y como ella, en su azoramiento, no acertase a leerlo, el propio policía se ofreció a ello, advirtiéndole:

—Es la carta de un desventurado, confesándose autor del robo de la banca Orlate.

En la carta se leía:

*...mi amigo es inocente. Cometí un verdadero robo. Adjunto los quince mil francos, y me pongo a la disposición de la autoridad, para responder de mi culpa.*

Después de la lectura de la carta, el comisario comentó, sonriente:

—No siempre trae malas noticias la policía.

Y luego insistió:

—¿No podré ahora tampoco saludar al señor Morel? Lo digo porque desde hace tres horas sé que se oculta en esta casa. La portera lo vió entrar, y se apresuró a denunciarlo.

Juan, que escuchaba detrás de la puerta de una habitación inmediata, salió para estrechar la mano del comisario, que se retiró, afirmando:

—Crean que hoy salgo de esta casa más alegre que en mi primera visita. También nosotros tenemos corazón... y madre.

Al pasar por la portería, le salió al paso el basilisco que en ella reinaba:



—¡Aquí, portera, no existe más granuja que usted!

—Por no haber venido más pronto—le dijo—puede que le haya dejado escapar, aunque yo creo que ese granuja sigue escondido allá arriba.

—Aquí, portera—replicó el comisario, indignado—, no existe más granuja que usted.

Y, alrededor de una cuna, de una cuna donde reposaba un niño que llegó a aquella casa para endulzar horas de intensa amargura y para unir con mayor fuerza dos corazones juveniles y enamorados, renació la dicha del pasado, más intensa ahora, porque al renacer trajó perfumes de nueva primavera y esperanza de venturas desconocidas.

FIN

Próximo número:

## LA MUJER CODICIADA

por GABRIEL GABRIO, EVE FRANCIS, JEAN TOULOUT, etc.

Postal-fotografía-regalo: BLANCHE SWEET

La Novela Semanal Cinematográfica

sale todos los miércoles. Precio: 25 céntimos

¡SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS!

**LEA USTED**

la preciosa novela

# EL ESTUDIANTE

por Mary Brian, William Haines, Jack Pickford, etc.

Libro 87 de la selecta BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*  
de

La Novela Semanal Cinematográfica

**¡PRONTO!**

# ¡ADIÓS, JUVENTUD!

por CARMEN BONI, la deliciosa protagonista de

¿CHICO O CHICA?

**¡ÉXITO DESCONTADO!**

EDICIONES ESPECIALES

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

¡SIEMPRE LO MÁS GRANDE!